UN PARENTESIS

Finalmente, aunque por la conexión de las materias y acciones que en el decurso de esta historia se han tocado, han ido entretegidas todas las virtudes heroicas de nuestra biografiada, confieso que de intento no me he detenido en ponderarlas, con el fin de tratarlas más en particular en su lugar oportuno. Así que después de haber recorrido con harta rapidez el largo período de la vida de Ana de S. Agustín, después de haber mirado sus heroicas prendas de santidad, mercedes y maravillosas acciones, juzgo preciso tratar más en particular y por separado las virtudes, sobremanera excelentes que adornaron su alma e hiciéronla merecedora de tantas mercedes como de Dios recibía. Suspendo, pues, el hilo de la cronología con el paréntesis de algunos capítulos, que serán un breve compendio de las virtudes más sobresalientes de la V. Madre.

CAPITULO XII

FE HEROICA, ESPERANZA INQUEBRANTABLE Y CARIDAD SUBLIME DE LA VENERABLE

LA FE FUNDAMENTO DE LA VIDA CRISTIANA

La fe es, en expresión del Apóstol, como substancia y raíz de la vida cristiana y fundamento del edificio espiritual. Cual sea de viva y fecundante la raíz, medrará el árbol, crecerán en él los ramos, retoñarán hermosas las flores, sazonarán los dorados frutos. Así en la vida del espíritu, languidecen todas las demostraciones, si no estriban en la fe y se alimentan de su savia sobrenatural.

SU FE CUANDO NIÑA

En la V. Ana brilló tan intensamente esta virtud, que, creciendo en su intensidad desde que madrugó en ella el uso de la razón, llegó al día claro de visión beatífica, que hoy felicísimamente goza. Desde pequeñita aprendió con extraordinaria precocidad la doctrina, y era de ver la profundidad con que en tan tierna edad hablaba de los misterios de nuestra santa fe, e instruía a los demás, en particular a los pobres que a su casa iban, dándoles, an-

tes de la limosna material, el pan de la palabra de Dios.

La fe de prelada

Ya después de religiosa, durante los años que fué Maestra de novicias y prelada, era su principal cuidado implantar en el corazón de sus hijas esta virtud teologal. Su eficacia en desvanecer las tentaciones que los demás padecían contra la fe, fué tal, que a una religiosa gravemente atacada de escrúpulos y tentaciones con esta virtud, bastóle para librarse de ellos, hacer propósitos de acudir a la Venerable Madre.

Exquisiteces de una fe ardorosa

Por esta razón profesaba respeto sumo a las cosas sagradas, procurando, ya siendo sacristana, ya prelada, estuviesen limpios, aseados y olorosos los ornamentos sagrados, no sufriendo el más ligero desorden en las cosas pertenecientes al culto de Dios. En el coro especialmente singularizaba este cuidado y atención; no permitía, por respeto a la Majestad que lo habita, se quitasen en él los mantos sus religiosas, que hiciesen ruido, ni escupiesen en él. La mayor parte del tiempo que estaba en el coro lo pasaba de rodillas, aunque estuviese enferma y achacosa, «porque el cuerpo (decía) también está obligado a prestar obediencia y respeto a su Dios, porque él lo ha criado y conserva».

En el oficio divino

Además, su atención en el oficio divino era, cual ella misma lo declara por estas palabras: «Aunque no esté buena y esté cansada, procuro ir siempre

(al oficio) y no me es de trabajo sino de mucho gusto, que le tengo bien grande, desde que soy monja, en asistir al oficio divino, y muy en particular a maitines, que nos dura más el estar alabando a nuestro Señor, y me ha hecho su Majestad merced de quitarme tanto el pensamiento y de darme tanta atención, que, si estando rezando se me ofrecen algunos pensamientos, no puedo decir que no puedo, ni acierto a estar rezando y pensando en otra cosa».

Un testimonio en favor de la confesion

Otra natural consecuencia de su excelente fe, era el respeto y veneración que profesaba a los sacerdotes, confesores y superiores, en todos los cuales reverenciaba al mismo Dios. Particularmente cuenta la propia Madre de cierta ocasión en que al ir a confesarse, «le dió el Señor a entender interiormente, que en su lugar estaban los sacerdotes, a los cuales había dado potestad para absolver en su nombre, y que era como si su Majestad propio lo hiciera. Desde esta vez se aumentó la fe y estimación de este sacramento y del poder de los confesores, y siempre que voy a confesar me parece claramente voy a los pies de Cristo, y hago actos muy vehementes de fe, que su Majestad me pone fija en el alma; la cual en este sacramento se siente muy favorecida de su Redentor, haciéndome muchas mercedes, lavando y refrigerando mi alma en su propia sangre».

Santificar las fiestas

Con igual viveza y fervor procuraba celebrar las

festividades que nuestra Madre la Iglesia solemniza en el decurso del año.

En el misterio del Nacimiento del Niño Dios era ternísima su devoción. Siempre que llegaba el adviento preparábase cuidadosamente con ejercicios, oraciones y penitencias, a fin de disponerse para mejor recibirlo. Era tan grato al cielo este empleo, que todos los años en este día complacíase el Señor en concederle alguna gracia especial.

Alma eucaristica

Pero donde más lució la fe y devoción de esta regalada esposa del Señor fué en el misterio inefable de los altares. ¿Y puede darse, por ventura, una sola alma de adelantada virtud que no sea amante de este misterio de la presencia real de Jesucristo? Nuestra Ana fué un alma esencialmente eucarística. Las principales mercedes que recibió del cielo le fueron comunicadas mediante este Señor Sacramentado, en cuya presencia pasábase, sin sentir, gran parte de las noches, y todos los ratos que podía hurtar a sus ocupaciones.

«Hame hecho merced nuestro Señor (nos confiesa la propia Madre) de darme siempre gran devoción con el Santísimo Sacramento, poniéndome en el alma una fe muy viva, y aumentándomela su Majestad con muchas maravillas».

Esta devoción crecía de punto en las festividades del Santísimo, en las cuales andaba como fuera de sí, loca de amor, y traspirando por sus sentidos el inmenso júbilo que embargaba su alma. Solía decir que cuando comulgaba recibía tanta gracia, que en nada envidiaba a los ángeles del cielo, sino es en la estabilidad de aquéllos, parangonada con la

caducidad de los que vivimos acá. Este era su manjar cotidiano, con el que sustentaba no sólo el alma, si que también el cuerpo, de suerte que el día de comunión no comía otra cosa, ni la había menester con aquel sustento divino.

Spes credentium

Muy hija de la fe y como su legítima y necesaria consecuencia es la esperanza *spes credentium*. Doctrina es esta del Angélico, que llama a la fe engendradora de la esperanza. Campeando, pues, aquella tan vivamente en nuestra V. Ana, difícil nos será ponderar en su debido grado lo firme de esta otra virtud.

Un buen Padre

Bien podía ser combatida de penas interiores, sequedades, tribulaciones, desamparos de Dios y persecución de demonios, su firmísima esperanza jamás desfallecía. «En tales aflicciones (nos dice) sólo me esforzaba pensar que nuestro Señor era Padre de misericordia, y que no dejaría de ampararme, pues era criatura suya».

Esperanzas practicas

Y así solía decir con plena convicción, «que aunque se viera toda metida en el infierno, y un solo dedo fuera de él, tendría firme esperanza en la misericordia divina». No se tome esto como pura especulación. Una mirada retrospectiva hacia los principios de las fundaciones de Villanueva y Valera, el desamparo y pobreza suma en que se fun-

daron, el comportamiento de la V. Madre en tales aprietos, serán suficiente a demostrarnos cuán admirablemente lució en la práctica de la hermosa virtud de la esperanza.

La abogada de desesperados

Asimismo fué notable el dominio que le concedió el Señor sobre su contraria, la desesperación. Recuérdese el singular lance que se le ofreció cuando, todavía seglar, libró a un pariente de las garras del demonio que lo tenía puesto en el último aprieto. Siendo ya religiosa fué singular la gracia que poseyó para libertar a propios y extraños de tan temible tentación. A un vecino de Villanueva, a quien traía el demonio desesperado y con intento de ahorcarse, trató la V. Madre, y no sólo le libró de aquella tentación, sino que hubo de sufrir en sí misma los tormentos que le dieron los demonios por haberles arrebatado aquella presa.

La esperanza ablanda la dureza de corazon

A otro hombre a quien traían a ajusticiar por falsificador de moneda, desesperado e impenitente rechazaba todo auxilio espiritual, sin que bastasen las celosas amonestaciones de nuestros religiosos que le asistían. Noticiosa nuestra Venerable Madre del triste suceso tomó muy a pechos salvar aquella alma. Eligió de entre toda la comunidad a tres de las más fervorosas religiosas, y con ellas propuso pasar toda la noche en oración, con ánimo de no levantarse de la presencia de Dios hasta conseguir la deseada gracia. ¿Qué no alcanzará una tan fervorosa y desinteresada súplica? El resultado de ésta

fué satisfactorio, el Señor condescendió, el demonio quedó vencido, y aquel corazón empedernido, anegado en doloroso llanto y rendido a la gracia. A la mañana siguiente pidió confesión, y, purificada su alma, aceptó resignado la muerte y dió su espíritu a Dios, con prendas seguras de su eterna predestinación.

No mas desesperados

Finalmente, para declinar la obligación de particularizar más casos citaré las siguientes palabras de la V. Ana: «Otras muchas personas vinieron a mí, que las tenía el demonio muy apretadas con una tentación de desesperarse. Diciéndome la causa de su trabajo, lo puse en manos de nuestro Señor, suplicándole por su piedad y clemencia se doliese del peligro de aquellas almas que le tenían de perderse».

Tuvo ocasión de practicar repetidas veces esta virtud con motivo de una como epidemia de desesperación que hubo en Villanueva; pues así era de frecuente este vicio en las gentes de aquella tierra. Tanto es así que, al morir la V. Madre, atrevióse a pedirle una hija suya esta gracia: «Madre, ya que os vais al cielo a recibir el premio de vuestra ferviente esperanza, alcanzad para esta tierra que nadie desespere». Prometiólo la Sierva de Dios, y fué así, que en muchos años después no se registró otro caso.

Caridad con Dios

Ahora, levantando la pluma de esta consoladora virtud, ocupémosla en la tercera de las teologales, que tan rico campo de exploración nos ofrece.

Tan ardorosa fué la caridad de la V. Ana para con su Dios, que no encuentro palabras suficientemente expresivas para declararlo; porque desde su más tierna infancia hasta que en manos de su Amado despidió su alma, consumida en el divino fuego, fué su corazón un volcán de amor, su alma un perpetuo altar de holocaustos, cuyo fuego avivaba el divino Esposo con la leña de tantos beneficios y favores como en toda su vida le hizo. «Con estos regalos y favores (nos dice) me aficionaba la voluntad y afervorizaba el alma de manera en su amor y deseo de agradecerle y padecer por El, que me fuera gran consuelo ser hecha pedazos por su amor».

Enferma de amor

Prueba de la nobleza de estos sentimientos era la compasión y dolor extremado que sentía en la meditación de la pasión de Cristo. Sus ojos no tenían bastantes lágrimas, ni su corazón bastante ternura para compadecer a su Amado, especialmente en Semana Santa; y así era necesario, para que se desfogase el ardor que consumía y devoraba su pecho, que el Señor, condescendiendo con los deseos de su esposa, le diese a beber del cáliz de su amargura, y la asociase a su Pasión haciéndola sentir sus agonías, sus afrentas, sus azotes, sus espinas y el dolor de sus heridas... Sólo así podía aquella enamorada alma templar y apaciguar los amorosos ímpetus que hacían peligrar su vida. Pero, ¿quién mejor que la propia Madre que experimentó su dulzura, podrá describir los afectos de este divino amor? Dejémosla, pues, que nos lo declare con sus propias

palabras, que, aunque algo larga la cita, dirá ella más en pocas líneas que lo pudiera hacer la pluma en numerosas páginas: «Desde la edad de once años (dice), poco más o menos, he sentido en mi alma unos ímpetus grandes de amor de Dios, los cuales me vienen muchas veces, cuando más descuidada estoy, y algunas con tanta fuerza, que me hacen extremecer, dándome como un dolor muy suave con muchas ansias de Dios, que quisiera deshacerme toda por El. Paréceme, que cuando se quemó Valladolid de aquel fuego tan grande, saltaban algunas centellas que quemaban algunas casas que estaban distantes: así de este fuego inmenso de mi Dios parece que saltan muchas veces unas centellas a lo más íntimo de mi alma, que se siente abrasar con ellas, con un dolor tan suave, que quisiera, si pudiera, abrasarme del todo. Otras veces me crecen estas ansias cuando en la oración me pongo a meditar en el amor inmenso con que Dios ama en sí a sus criaturas, me une tanto consigo con un afecto de amor tan grande, que entre Dios y mi alma no parece hay medio alguno, estando toda absorta en El: de suerte que, si no es morir, no me falta otra cosa, sintiendo en mí, como si estuviera en lo último de la vida, y tengo por imposible el no perderla, si a este punto el mismo Dios no me fortaleciera; y no hay oración que más me gaste el natural, que ésta, por los grandes ímpetus de amor de Dios con que queda. Ofréceme muchas veces la memoria, cuando estoy con estos ímpetus, aquellas palabras de la esposa: *Amore langueo*, estoy enferma de amor. Y las del salmista: *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum*, etc. Se me dió una vez a entender la significación de ellas, que es: de la manera que desea el ciervo las fuentes de las

aguas, así desea mi alma a tí, mi Dios. Y me parece que siento en mí esta misma ansiosa sed de mi Dios, y de verme con él, causada de esta centella, o saeta, que la siento en lo más íntimo de mi alma, que quisiera (si fuera El servido) se acabara entonces mi vida, que es lo que me parece que me impide esta junta perfecta, que desea mi alma tener con Dios».

Caridad para con los prójimos

Todas estas son palabras de esta seráfica Virgen, con las cuales nos revela el amor grande, sublime, inefable que ardía en su pecho para con Dios. Pero si de este pasáramos al que tenía con los prójimos, ¡qué inmensos mares no profundizaríamos!... ¡Qué admirables horizontes no descubriríamos!... El amor no puede estar inactivo, porque su perfección es la caridad, y la caridad es eminentemente comunicativa. El de la V. Madre, reñido cual ningún otro con la inercia, desbordóse en esplendorosas manifestaciones, que tenían por término a los prójimos, imágenes de aquél a quien amaba su alma. Como tanto he dicho hasta aquí de esta virtud, porque su vida fué un continuado ejercicio de estas heroicas acciones, y para no repetirme, abreviaré cuanto me sea posible esta materia. ¿Quién recuerda, sin admiración, aquellas obras de caridad que ya se expusieron, en los primeros años de la V. Ana y de los principios de la fundación de Valera? ¡Cuánto amor! ¡qué caridad tan ardiente para con sus semejantes! Por cada uno de ellos estaba dispuesta a dar la vida, si preciso fuera. A todos atendía; nadie acudía a ella que no saliese socorrido; a los que con obras no podía, acudía con saludables consejos, y cuando no le era posible

por estos dos medios, recurría a negociar en la oración las conveniencias de todos, mereciendo ser siempre atendida.

Celo santo

Pero si los daños a remediar eran espirituales, ¡oh!, no tenía medida su amor. Sentía en extremo las ofensas hechas a Dios, y por cuantos medios a su disposición hallaba procurábalos atajar: ¡tanto era su celo por el bien de las almas y el honor de su Esposo!

CAPITULO XIII

OBEDIENCIA CASTIDAD Y POBREZA

Los tres votos religiosos

Tras las virtudes teologales, de las que hemos hablado en las páginas anteriores, y dijimos ser como el fundamento y sostén de la vida cristiana, ocupan lugar preeminente los tres votos, que asimismo son el fundamento de la vida religiosa, y como tres preciadas margaritas engarzadas en la corona de la religión, fulguran con resplandores de gloria, cual abrillantados soles entre las estrellas de las demás virtudes. En todas tres lució sus primores la V. Ana, como vamos a ver brevemente.

La obediencia

Sea en primer término, la que lo es en nobleza, la obediencia en cuyo ejercicio de tal suerte se aventajó, que fué desde su más tierna edad, la regla con que niveló todas sus acciones. La ejercitaba en el siglo con sus padres y confesores, y en la religión con los prelados y hasta con la última religiosa; pero tan rendida y ciega, que desconocía epiqueyas, excusas, distingos y réplicas, caminando a la luz de aquel su repetido axioma: *nunca sucede*

cosa mal, al que obedece. La verdad de lo dicho la veremos comprobada en repetidos casos.

Obediencia ciega

Estando un día en recreo con la comunidad, díjole la M. Priora María de los Mártires, más bien para experimentar su conocida obediencia y humildad que con ánimo de ser obedecida: *Hermana, qué bien que parecería allí dentro*, señalando un gran charco que con la lluvia se había formado en el patio.

Apenas lo oyó cuando, sin dar tiempo a que prelada y religiosas la detuvieran, arrojóse al agua, dejando a todas admiradas de tanta virtud. Más heroica todavía fué otra prueba que, en calidad de tal, le hizo su confesor el P. Gabriel de la Asunción. Pedíale con insistencia la humilde Madre hacer con él una confesión general. Como le era notoria al buen Padre la santidad de su penitente, púsola por condición el que la hiciese primero con la Madre Constanza de la Cruz que había sido Maestra de novicias.

Obedeció tan sin réplica la humilde Virgen, que antes de que nueva orden lo estorbase, lo comenzó a ejecutar sin rebozo ni titubeos, con harta admiración de confesor y maestra, pasmados no menos de la puntual obediencia que de la pureza de aquella alma.

Obediencia remunerada

Gustaba tanto nuestro Señor del rendimiento de su Sierva, que solía premiar con algún favor particular cuando hacía algún acto heroico

de esta virtud. Referiré sólo lo que le acaeció con el mismo P. Gabriel de la Asunción, Prior de la Roda y confesor suyo. En una enfermedad que tuvo la V. Ana, antes de ir a Valera, estaba tan al cabo que todos pensaban que se moría. Entró el dicho Padre a confesarla, y, movido de superior impulso, díjole con animosa fe: «Madre ¿con qué licencia se quiere morir? Yo le mando en obediencia que esté buena y se levante». Fueron tan eficaces estas palabras, que al solo nombre de la obediencia, cobró alientos la enferma, se incorporó y vistiéndose bajó con todos al locutorio, con tan buena disposición, como si nunca hubiera estado enferma. Inverosímiles parecerán estos casos a no pocos espíritus superficiales, pero nada de extraño ofrece para los que con la V. Madre conocemos *los grandes tesoros que tiene Dios encerrados en la virtud de la obediencia, que tanto ama y favorece; lo cual nos muestra con maravillosas misericordias que obra siempre en ella.*

Castidad

Si de la obediencia pasamos a la castidad, ¡gran Dios!, qué de maravillas no admiraremos! ¡Qué de fragancias celestiales no percibiremos! ¡qué de bellezas no contemplaremos!... y, en verdad que causa admiración el que un alma lastrada con las pesadas cadenas de este mísero cuerpo pase con ellas la escena de la vida, no diré sin que le abrume el peso, sino lo que más de admirar es, sin que tan siquiera la inquiete el ruido de los hierros.

Feliz ignorancia

Pues nuestra V. Ana pudo gloriarse de este singular privilegio, porque con ser de claro y agudo entendimiento, vivió en esta parte en tan dichosa ignorancia, que ni tentación experimentó contra ella ni sintió en su carne rebelión, por más que procuró el infierno darle a entender, siquiera la existencia de los deleites de la sensualidad. Tal vez en su niñez contribuiría para conservar intacta su inocencia e íntegro su candor, la buena educación de sus cristianos padres, que, como dice la misma Venerable; «me criaban con gran recato y recogimiento que estaba como en clausura».

El voto de virginidad

Ya vimos como de diez a once años, sin duda inspirada por el divino amador de las vírgenes, ofrecióle en perpetuo voto la azucena pura de su virginidad. Por eso, cuando a los trece años intentaron sus padres casarla con un noble caballero, rehusó la oferta, defendiéndose con el voto que tenía hecho.

Eficacia contra la impureza

En medio de tanta pureza, ofrécenos motivo de admiración el sumo recato, la modestia en el porte, en los ojos y en el hablar, que causaba iguales efectos a quienes la trataban. Esta gracia vinculó también Dios a los objetos de su pertenencia, que tenían la virtud de sanar a los que estaban trabajados y tentados del vicio de impureza. En las relaciones leemos innumerables testimonios de personas, así seglares como religiosos, quienes grandemente tentados,

con sólo ponerse algún objeto de la V. Madre, como la correa, el escapulario de dormir, una carta u otra pieza que hubiese estado a su uso, quedaban al instante libres de la tentación. Recordaré sólo para concluir, el caso de aquella mujer moza, enredada en peligrosas relaciones a la cual hablóle la bendita Madre y vistiéndose a sus ruegos un escapulario pequeño que le dió, al punto que se lo puso se extinguió el fuego de la sensualidad en que ardía, y fué en adelante ejemplo de honestidad.

No fué menos admirable lo que experimentó el hermano de María de Cristo, el cual, como mozo y soldado, lejos de sus padres y con pesar de ellos, estaba perdido por los vicios de esta calaña. Mandóle su hermana religiosa un jubón de la V. Madre para que se lo pusiese, y tan pronto como lo hubo realizado, no sólo se le quitó de raíz el arraigado vicio que le tenía dominado, sino que en muchas ocasiones le defendió la vida, cual impenetrable malla contra el acero y las balas enemigas.

Un testigo de mayor cuantía

Finalmente, la incorrupción de su cuerpo después de tres siglos de muerta, luchando contra todos los órdenes de la naturaleza, ¿qué otra cosa es sino un don vinculado por Dios a la materia, para que, burlando sus propias leyes de descomposición, pregone a voces la integridad de su pureza?

La pobreza evangelica

Sólo falta que digamos algo acerca de la tercera virtud monástica, la evangélica pobreza, en cuya

práctica no se hubo menos alentada que en las dos anteriores.

Puesta en imitar en todo al divino modelo, y en no admitir otro amor que el suyo, vivió desasida de todo lo creado y en aquella perfecta desnudez de espíritu, que la introdujo al trato con Dios. Así pudo decir con verdad a una religiosa de su confianza: «Mi hija, a ella bien se le puede decir, y sea para gloria de mi Señor, el cual me hizo tantas mercedes desde niña, dándome que gustase de sólo amarle; siempre me he conocido así con este desasimiento y no querer más que a Dios; y si fuera de esto tengo alguna cosa, me cansa mucho y me embaraza».

Desprendimiento

Con el fin de entregarse con más generosidad al amor de su Dios renunció a todas las riquezas y esperanzas que el mundo le ofrecía, diciendo como aquel filósofo pagano, Crates de Tebas, que vendiendo sus bienes arrojó su precio al mar: «Fuera, deseos insensatos, os lanzo al abismo, temeroso de que no me lancéis vosotros».

Comprobaciones

Ya en religión se abrazó tan estrechamente con la santa pobreza, que con ser muy limpia de suyo y aseada no admitía a su uso objetos curiosos de algún valor, aun en las cosas de piedad, porque con título de devoción no se le pegase el afecto a ellas.

Nunca quería vestirse hábito o capa nueva, y si acertaba a ver un hábito más roto y remendado que el suyo, procuraba enseguida cambiarlo, va-

liéndose para ello de su autoridad de prelada, puesto que lo fué tantos años.

Si por estar enferma, algunas personas devotas suyas le mandaban alguna cosa de regalo, o no lo admitía, o lo daba a otras religiosas más necesitadas, *porque no decían bien* (pensaba) *en una pobre aquellos regalos*. Sólo admitió para sí la limosna de un panecillo diario que por algún tiempo le estuvo mandando la hermana del cura de la villa, doña Agustina de Hervias. Estando en la enfermedad de que murió, sintió con notable extremo le hubiesen comprado una gallina para dársela. «Es cosa indigna (decía) que se haga conmigo ningún gasto particular». ¡Digna sentencia de una discípula aventajada del Místico Cantor de las *nadas*, San Juan de la Cruz!